

La Araña

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

La Araña (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Esa audacia de Fernando Rocco, fue dicha con exaltación, con cascadas de palabras, sin pretender entrar en polémicas ni ocuparse de nimias cuestiones. No fue algo que condensado en forma heterodoxa, ni pareció un cuento de misterio (se distanció de cualquier condena lapidaria). Había que tener en cuenta algo que sería simbólico o surgía de una arbitrariedad cautelosa, pero que no sería dañino o insustancial imaginar. Y por supuesto que no se detuvo en las indignas formas de la injuria. Rocco mantuvo su hábito de hablar ruidosamente, dando acaloradas respuestas a sus cortas preguntas; se justificaba en que deseaba superar a la especie de vacío en el que el destino lo había inmerso, y en volver a apreciar las sensaciones y experiencias que eran proporcionadas en el mundo real. Sus argumentos no eran estrechos y no tenían por qué permanecer dentro de confines teóricos. También se hizo una aletargada crítica vinculada al tiempo que se tomó en llegar a esas conclusiones. Es espera solo había servido para que las exigencias de su mujer se hicieran más ampulosas.

Primero había lanzado una representación imaginaria de su meta, y luego se refirió como bromeando a las ventajas que obtendrían. Durante el transcurso de la charla, sus descripciones se fueron relacionando más y más con asuntos llenos de verosimilitud, por lo que a lo último hizo un inventario que no fue venal, incorporando formalismos serios y seguros. Se había liberado del temor para lanzar un su vital imperativo. Sus anuncios irónicos dejaron de mezclarse con lo que sería, más o menos, la ignorancia de su interlocutor, y la cháchara se elevó con la creación de un pedido insólito luego de conjurar una narrativa de fracasos: como su matrimonio yacía desbordado en los límites de lo caótico, y se transformó en una constante batalla en la que aprendió a lidiar con la inercia y el odio.

Había dejado de remontarse a metáforas para dar datos precisos. No le resultó extraño publicar en forma confidencial lo que quería. Había sido laboriosa su pasión por el poder, y hoy disponía de una buena fortuna, por lo que podía reducir los inconvenientes por un precio, y con respecto a su promesa... dejaba a su interlocutor al suficiente tiempo para que reflexione, porque había sido establecido un extraordinario

paralelismo en sus vidas (como si eso hubiera sido dispuesto por un orden racional y superior). El hombre con el que hablaba, al quedar solo tendría que tomar una sesuda determinación. Este se trataba de un empleado que trabajaba en su propiedad, cuyos rasgos faciales tenían las pasmosas temperaturas de los que siempre entran en acción, y que jamás le había dicho que no a sus pedidos que en general consistían en una selección marcada por sus preferencias estéticas, y algún que otro pequeño vandalismo que le mandó a hacer en contra de un competidor, cuestión que no había estado cerca del cielo, pero tampoco se adentró en los infiernos.

El empleado volvería a tocar ese mismo tema con el objeto de responder sus inquietudes o darle un cuadro más exacto; Fernando Rocco será un atento oyente, y alguien que después haría a lo adecuado de acuerdo a su reconocido prestigio, que, si bien tendría algunos matices singulares, jamás lo presentó con atributos falsos. Ese hombre que andaba por los cuarenta y pico, tenía un cuerpo extenso y enmarañado, nariz aguileña, y ojos que no destilaban claridad. Por cierto, a las coincidencias que luego tendría con aquel con quien había hablado, Juan Carlos Amicci no las habría de considerar pintorescas, ni la idea de matar a su mujer le resultaría de una extrañeza insoportable... eso sería algo un tanto primitivo, pero implícitamente lo había visto venir.

Abarcó los extenuantes planos de su necesidad: Rocco ya no permanecería indiferente a sus maldades y la tenía que enfrentar de manera decisiva. Eliminaría su ansiedad y desesperación en una única acción cuya meta sería libertaria. Con esta repondría la sencillez de vivir ya que se esfumaría lo horrendo que cada día ella le traía a colación, y a las dramatizaciones inexorables y hoscas que se arraigaron a su vida. No había que ser un gran observador para notar como reñían todo el tiempo, y como el poco amor que alguna vez supusieron tener, había sido destruido por lo tórrida molición de la convivencia. A Fernando le fascinaba proyectarse en un futuro libre de Malena: sería como sacarse los clavos oxidados que le taladraban los huesos. Al explicar su plan a Amicci, no había tenido agitaciones que trabasen al ritmo de su voz, ni hizo retumbantes desvíos, sólo tuvo la maniática sensación de que sus indicaciones habían antecedido a ese encuentro y tenían otro origen. Igualmente, lo único que había que hacer, era sustituir algunos actos, falsear algunos aspectos de aquello que se ubicaría dentro de las típicas geografías. Y como no se abrirían complejas ramificaciones, el suscitado deceso se toparía con convincentes relatos, y pasaría por las lógicas etapas de evanescencia en las que se pierden los dogmas y las prefiguraciones. Para los demás aquello no contendría al mismo significado ni una función ejemplificadora, y consecuentemente no se verificaría nada.

Afuera, los comercios, restaurantes y carteles publicitarios, se repetían casi por un kilómetro. Las calles que recibían diversos nombres, chocaban

con el río que exploraba con sus aguas turquesas a lo que tocaba al horizonte. Pero lo que enmarcaba la trama de ese espacio, eran los rosales y las otras plantas que florecían en el jardín (se habían mantenido vigente gracias a la prestancia de Juan Carlos Amicco que las protegía sistemáticamente). En la calle Alvarado, los carteles promovían productos tangibles y consumibles de acuerdo a los puros emprendimientos del marketing que ayudarían a recordarlos cuando uno se remitiera a un comercio para comprar algo de suma necesidad. Un sol clemente doraba al día ya que sus rayos se intercalaban con plétoras de ámbitos simultáneos e ininterrumpidos, y los vientos pasaban suaves hasta que se producían rupturas en sus corrientes. Rocco pensó que su plan era una pequeña fabricación que había sido adecuadamente diagramada y nunca se haría conspicua; con esa felicidad nunca se identificaría y a lo sumo se mostraría desolado mientras que apuntaría a algún contraste en materia de seguridad: intuiría el montaje de un robo por parte de un desconocido. Se trataría de una dable alteración del destino que todo el mundo era pasible de sufrir. Tal vez la sospecha que le surgiría, sería frágil porque nadie podría determinar por su propia estupefacción al perfil de lo ocurrido... habría que hacer una lectura criteriosa del por qué un desalmado habría querido quebrantar al principio de continuidad que está implícito en la vida. La muerte era el itinerario que nadie aspiraba a hacer y a la vez no se podía esquivar indefinidamente, pero provocar esta con violencia, en los ojos de Rocco sería una manifestación de lo abominable.

Fernando Rocco se definió frente a su empleado cómo alguien demasiado paciente que prefirió sopesar con calma las amarguras que le generaba su mujer. Se había desprevenido cuando se casó con ella (esos votos matrimoniales estuvieron a punto de volverlo loco). Tal vez lo hizo con la idea de que así motorizaría su potencia económica, o había querido disfrazarse con un estatus social al que todavía no pertenecía, pero ahora se veía a sí mismo como un hombre despojado de esas pesadas especulaciones al que ya se le había agotado la paciencia. Había discernido que Amicci se interesaría por ese programa, y se prepararía a llevarlo a cabo como una privada gestión. No le hacía mucha falta predicarle porque su intelecto estaba un tanto borroneado; se trataba de un tipo primitivo que no tenía sofisticación, pero sentía placer aplacando sus mezquindades. Era la persona ideal para dirimir lo esencial de ese tema, y quien aportaría la indispensable cuota de brutalidad. A Rocco sólo le cabría sembrar su camino a la felicidad dictando algunas coartadas sin necesidad de apelar a un megáfono. Juan Carlos deberá tener dominio sobre sí mismo, y no arrepentirse de nada... su propuesta no era únicamente una construcción lógica y moral, sino que además le daría buenos dividendos. La relación entre los dos hombres era sólida, ya que siempre el peón respetó las jerarquías. Rocco era su patrón, y sería inimaginable que Amicci fuera a una comisaría con la intención de denunciarlo por algo que nunca había cesado de ser una falsedad. Y en otras ocasiones en que habían "conversado dentro de una relajada

informalidad", nunca lo había traicionado.

Acostumbraba a informarle que su mujer, Malena, acostumbraba a censurarlo y a despreciarlo con fría habitualidad, y por horas lo dejaba la infección de su venenoso odio. Cada palabra suya era un insulto con que agregaba pus a las viejas heridas, y las largaba con un retintín festivo, asegurándole que el mundo le parecía sereno y alegre pese a lo repulsivo que él era. Ella querría que hubiera a su lado un hombre vistoso, curtido, y fuerte, alguien que de acuerdo a lo que alguna vez le dijo con una falsa evocación, no se asemejaba en nada a él. Fernando Rocco elaboraba las matrices de su futura venganza durante esas contiguas burlas, en las que ella cristalizaba una gran sonrisa de acuerdo a su creencia de poseer mucho ingenio. Era flaca, de cuerpo algo atorado y endeble, y le gustaba volcar sus ironías sin ninguna clase de piedad; las consideraba un arte y le atribuía un alto valor terapéutico.

Rocco requirió a Amicci que todo fuera hecho con exactitud, y se manejase dentro del misterio efímero y triunfal; si las cosas salían con tal predisposta perfección nunca se originarían contratiempos. Y ya no constataría más a Malena como la eterna piedra que bloqueaba su camino. Porque cualquiera fuera la óptica con que se enfocarían los de afuera, no verían nada. La gran multitud de supuestos estaba cubierta, y nadie exploraría siniestramente, con el objetivo de desenmascarar a quién en verdad no habría de ser una perjudicada víctima. No quedarían ventanas abiertas que permitieran ver lo que pasaba. Ante ese robo a mano armada, Malena habría de efectuar una rebelión sin porvenir, y el ladrón no tendría más opción que flexionar su dedo en el gatillo durante un segundo invisible y tal vez contradictorio. Por ser tan gritona, por expandir ráfagas de resentimientos, el tiempo no le otorgará más plazos. Y no había que agregar nada nuevo en la escena, ni crear decorados dispares a los de siempre. Su plan había considerado aun lo que se apreciaba como insignificante; en ningún momento él o Amicci quedarían fuera de la ley. Lo que ocurriría se interpretará como la casual peripecia de un a anónimo ladrón: un sujeto hostil que habría hecho una maliciosa enumeración de sus riquezas, y deseaba romper al orden estable en el que hasta entonces habían vivido. Esa estridente fragmentación ocultará la simulación que así se convertirá en una irresuelta paradoja.

Después de unos días que se había tomado para reflexionar, Juan Amicci aceptó en forma confusamente alegre su participación en el ingenioso mecanismo propuesto por su patrón, don Fernando. Él no era muy expresivo con el uso del lenguaje, pero testimoniaría la existencia de una verdad vengativa a través de la velocidad y fugacidad con que silbaba una bala. En cierta forma, era consciente de la falta de un honesto valor en esa mujer que, como una huella fantasmagórica hecha de lodo, el sol suprimiría del camino. Pero su predisposición se tradujo más bien en la estricta certidumbre de que de un día para otro dispondría de una buena cantidad de dinero. Aquello, mirado en su conjunto, sería una mezcla de

cuidados o descuidos. Por eso, para Rocco dilucidar a su motivación sería una inútil adición a su cruzada moral, que no cambiaría en nada a la pureza de su causa merceda a la cual recuperaría rabioso lo que había perdido. Los propósitos de su empleado jamás le interesarían.

El jardinero Juan Carlos Amicci había aceptado su proyecto sin haber sostenido discusiones ecuanímes, ni someterse a las ritualistas emociones con que se conminaban los que sentían culpa. Su colaboración sería viva y clara porque había estado bien atento a como sería cada etapa de esa empresa que sólo requeriría de disciplinados minutos. Primero debían cruzarse con la mujer con un fin específico que no tendía a la renovación.

“El hombre que no se deja seducir por el dinero pertenece al género de los fantasmas”, se dijo Rocco con un desprecio que lo asombró. Como siempre la plata auguraba la rápida desaparición de los problemas; no había nada angustiante que no pudiera ser arrasado por los símbolos monetarios. Estos siempre fueron herramientas para el cambio indiscutible, y no conllevaban sugerencias místicas: eran lo constante y sonante con que se representaba a la ansiada mudanza de los tiempos.

Amicci tenía una especial noción acerca de su protagonismo, estaba casi orgulloso, y ese negocio no era confuso ni imprudente, visto desde su perspectiva que era la de un tipo hecho bien de abajo. De ninguna manera quedaría inconcluso el desembolso, que no sería exiguo. Siempre había cumplido con sus obligaciones sin que hubiera postergaciones indeseables ni ensayó excusas de por medio. Y la erosión daría lugar al olvido como el factor inevitable de cualquier realidad que conseguía ser narrada. Había que echar a volar un poco de pirotecnia que haría que se pierda la transcendental estabilidad del tiempo; este se volvería ambivalente y lleno de contrariedades.

Amicci era el jardinero de Rocco, cuyas manos estaban astilladas por el trabajo duro. A su insensibilidad se la percibía en la parálisis de sus rasgos: no había en estos movimientos que negociasen con las palabras que su jefe le decía. Más que duro, era impasible, como si no le importase vencer o rendirse. Semanalmente observaba la buena vida que se daban los Rocco (cuyos dilemas le sonaban complicados), y la propia mecánica de sus instintos lo había llevado a aprovecharse de sus desarreglos. Trabajaba en el jardín con el sudor revistiendo su cuerpo mientras que ellos se consternaban con acusaciones y rabiets. Semana a semana las mismas tensiones se repetían, y a esa altura él entraría en acción y condicionaría mejor al conflicto del que obtendría un rédito.

A sus apabullantes riquezas la sustentaban con pilares de animadversión, a menudo los había escuchado discutir, y siguiendo a un estudiado procedimiento, encendía en máxima potencia a la ruidosa máquina que devoraba las hojas caídas de los árboles. Trataba de terminar pronto con el propósito de no formar parte de esas vorágines desagradables. Estaba convencido que ese sería un “acto de justicia” ya que era un tipo muy

servicial... por supuesto que una permutación de esas características incluiría una modificación de su propio estatus. Mantendría la duplicidad con que se jactan los monstruos cuando la gente se interna en sus laberintos, y también, el sentimiento y la voluntad de afiliarse a una buena misión sin demostrarse como una persona malvada ni pretender hacer sobre la hora ajustes diplomáticos. A aquello lo haría de buenas a primeras, después del espeso monólogo que haría su patrón; porque este examinaría lo que había sufrido con el fin de patentizar a su conclusiva victoria. Este había previsto cada secuencia de los hechos.

Fernando Rocco estaba embelesado con la progresión de su plan; con Juan Carlos había conformado una fraternidad espiritual, y juntos efectuarían lo acordado en el siguiente jueves, día que no fue elegido al azar, pero era indistinguible de las otras fechas del calendario. Era clara la sumisión incondicional y absoluta de ese hombre que llevaría a cabo lo fatal después que su jefe enunciara lo terrorífico (le daría a la mujer una admonición sobre la que ya no tendría capacidad de argumentar). Lo que los dos tenían en común era que no tenían miedo y no se detendrían poniendo énfasis en que estarían cansados, en terminar con esa situación.

Fernando Rocco le explicó porque no trató con abogados: no sería demandado ni adquiriría obligaciones económicas; y que eso sería similar a la "apertura de un infierno", y le originaría obcecadas erogaciones que aumentarían aún más las indecibles dificultades por las que atravesaba. Desdeñaba la noción de "un arreglo" que no serviría como propuesta de paz, sino que desangraría su billetera. Ahora primaba en él darle al jardinero un adelanto (que en sí mismo era una cifra interesante) como la cabal demostración de su confianza. Se sacarían de arriba a la arpía gesticulante con las generosidades que habían convenido, sin que las perezas adquirieran fuerzas idóneas en detenerlos.

Insistió que antes que Juan Carlos Amicci matase a Malena, le dirá las últimas palabras que escuchará en su vida; estas limpiarán a las basuras que durante tantos años había tragado. No serán ponderaciones éticas, sino las fervorosas oraciones con las que comenzará a reorganizar su universo. Por una vez se dará el lujo de gruñir, y frente a la asombrada palidez de la mujer le increpará por el daño que le había hecho... a sabiendas que sus pasos de tacos resonantes no se incrustarán más en ese salón. Esas oportunas observaciones le anticiparían cómo sería su camino al averno, y Fernando Rocco ya las había preparado con severa prolijidad. Luego romperá el vínculo con el jardinero que se irá a vivir a otra región. El acto reflejo de Juan Carlos Amicci será desaparecer.

II

Ella no contendía con nada, pero miraba las rejas alrededor de su casa desde diversos ángulos porque se propuso como siempre ser

objetiva. Su vida se ligaba a ese territorio fuera del cual quedaría en el desvalimiento impuro. En este, ella reinaba desde que leía las noticias en las tempranas horas del amanecer. De su tabla de valores había quitado los prejuicios imprescindibles en quien tiene una posición central: no era despectiva frente al trabajo que hacían sus sirvientes a los que en las festividades navideñas les hacía caros obsequios. Detrás de los vidrios de las ventanas marcó líneas divisorias entre lo que le parecía familiar y lo que no lo era; recién en la calle las sombras circulaban populosas como una expresión normal y justa de lo que significaba tener al sol arriba.

La vida tenía la propiedad de deformarse a cada instante y agregar hechos que podían ser desgraciados; eran los flujos y reflujos de la inteligencia los que hacían que esas construcciones tomaran direcciones comedidas o salvajes. Y cuándo fracasaban las mínimas reglas morales surgían dudas, pensamientos inéditos, y suposiciones falaces... horrores que no se podían arrojar fácilmente al negro tacho del olvido. Los desempeños de cualquiera de sus empleados no deberían ser chirriantes, ni alterar al orden que era la síntesis que ella solía reverenciar. Malena no querría que le escucharan lamentaciones derrotistas porque no se la obedecían porque alguno de sus dependientes prefiriera ser un librepensador.

No era fácil que desapareciera de la noche a la mañana el cúmulo de asquerosas bacterias, o que estas no establecieran sus reinos de repulsiones y estrecheces. Pero eso ocurría debido a que no se acataba su autoridad que debía ser más fuerte que cualquier excusa estúpida. Sus esfuerzos estaban destinados a controlar lo que ocurría en su casa, y no permitir que los sentimientos promocionados por el ocio predominasen (este además de reflejar la candente maldición de la anarquía, era un elemento muy destructivo). Su lenguaje no era crudo, pero su enojo obligaba a su empleada a orientarse. En su entendimiento la suciedad era un fenómeno al que no había que darle ninguna explicación, por lo que a menudo reprendía a la turbia tendencia que tenía la mujer del servicio doméstico a rezagarse. "No dejes nada al azar porque basta que se introduzca una brizna de inmundicia para que la roña avance de manera inexorable", le había dicho a María Rosa Sánchez sin trasuntar nada malo, pero con la inquebrantable decisión que tiene una persona que no permanece ensimismada. Sus exigencias eran racionales, y se dirigían hacia aquello relevante cuyos bordes habían sido bien delimitados en un contrato. Se mostraba como alguien con escrúpulos didácticos, y no interrumpía en forma molesta, sino que lo hacía consagrada a un esquema saludable. Manejaba a María Rosa con escuetas ordenes que desbarataban a cualquier intento de inacción (era evidente que la idiosincrasia de la muchacha, la llevaba a frenar de a ratos su funcionamiento). Le había dicho que la veía como una exponente de los barrios populares, pero no como una villera. ¡Eso no sólo fue un elogio, sino que le dio la innegable seña de su identidad!

Cinco semanas atrás María Rosa había llegado tarde, y no estuvo en Malena el alentarla a continuar con esas pautas de conducta bochornosa que no tenían conexión real con lo que esperaba de ella. Por lo que se comprometió a hacerle respetar el concepto de "horario" con una derivación feliz: le otorgó un interesante plus salarial si cumplía con los tiempos de acuerdo a lo convenido, y la elogiaría si efectuaba una positiva evolución en su tarea de higienizar los ambientes. Su metodología nunca fue avergonzarla, sino incentivar su trabajo. Aunque todavía, en esa jornada, seguía algo irritada por lo que le había hecho más de un mes atrás, aunque lo aludiera en forma vaga y remota como algo que, oscuramente, lo podría rebajar con algo de ironía o humor. Porque no llegar a horario era un grave símbolo de desorden, y enrostraba la sospecha que la dejadez era el propósito central que tenía en mente. Tampoco admitía que se desvié al escaso recurso del tiempo con los lentos avatares promovidos por la negligencia. Eso era una boyante salvajada en aras de la mediocridad.

Había que organizarse bien para que lo repugnante no brotara súbitamente en esa época en la que se embestía contra las buenas costumbres, y a la puntualidad no se le concedía un carácter necesario. En ese jueves, Malena no se sintió pesada por su momentánea inmovilidad dentro de la casa, ni por el hecho de verificar con calculadas sonrisas que María Rosa hiciera la limpieza con propiedad. Ya que no hacerlo sería abdicar de su puesto, desgastar la disciplina, y no dilucidar si lo que se había hecho estaba bien o mal. Ella discurría con la mirada lo que la mucama hacía; a cada habitación había que desinfectarla dentro del más alto estándar de lo impecable. En ese día sobreabundaba la luz, y Malena echó marginales miradas al jardín; este se había dotado con tal hermosura que, si no estuviera obligada a vigilar a María Rosa, hubiera paseado por sus senderos.

Jamás se había perdido dentro de su mundo al que observaba con arrobamiento; reconocía a cada flor que germinaba, y no la disturbaban los irregulares gemidos que hacían los aparatos electrodomésticos cuando se los ponía en marcha (tenía la virtud de entregarse al ejercicio de pensamiento sin que ningún sonido desperejo y creciente la distrajera). En ese día no criticaría a su marido al que razonaba incurable, porque prefería reconciliarse consigo misma... no entraría en sus desquicios ni en sus injustas menciones ni sus cuestionamientos desventurados. La enemistad que compartía con Fernando le resultaba paradójica porque nunca se moderaba. En ese momento tendrían que reescribir la historia, ateniéndose a que sus problemas ya no resultaban vadeables.

Malena hizo un pedante movimiento con la mano. María Rosa no se había inclinado lo suficiente para eliminar a las asquerosidades de los zócalos. Pero no fue ruda, por el contrario, le hizo observaciones llenas de amabilidad que no se entretuvieron con rencorosos preámbulos. Estaba ahí parada con la vocación de incluirla en su filosofía personal y no para

zamarrearla. Juntas trocarían la mugre en oro. Malena Rocco creía ser una mujer solidaria; alzando a su rostro estrecho, con ojos que por ser tan grandes parecían derramar sagacidad, y finos labios que formaban huecos en las mejillas si los extendía, antes de pagarle le hablaba de los problemas comunes de las mujeres, y la consolaba si era necesario. Se identificaba con la sirvienta o por lo menos eso era lo que pretendía.

En ese día estaba sola con ella en la casa, y algún retraso en sus inspecciones o la escasez de tópicos para hablar, la llevó al silencio. "En la oscuridad no existen trampas, la oscuridad es la trampa", pensó con la convicción de que había obtenido al melancólico privilegio de comprender la podredumbre en que se había transformado su matrimonio. Malena Rocco rotó la copa del champagne que estaba bebiendo, de una mano a la otra. Ya se había hastiado de hacerle tantos reproches durante el curso de discusiones en las que tenía la última palabra, y pese a lo cual nada terminaba con éxito. Cuando volviera a ver a Fernando tal vez quedaría un poco rezagada con las tareas de limpieza, pero lo destruiría con su temperamento enérgico. No saldría inmediatamente al umbral, sino que se quedaría en el comedor poniéndole nombres a las moscas que María Rosa seguramente dejará flotando. Porque no abdicaría de su posición ni sería la protagonista de un cuento que siempre volvía a empezar. La muchacha se enredaba con el trapo más de la cuenta, pese a que le había advertido con seria honestidad que tenía que intervenir con más brío en algunos sectores (su conducta no era antinatural, sólo quería hacer lo menos posible). Malena observó desde la ventana como el cielo, por ausencia de nubes, se había ensanchado un poco, y se alegró por los firmes avances verdes que habían hecho las plantas.

María Rosa ya había ido a trabajar a la cocina, donde debía pasar largas horas preparando deliciosos platos que una vez listos los acumularía en la heladera. Se preocuparía por la cantidad y calidad de las viandas, lo inverso la convertiría literalmente en una inconsciente, y mirar a los otros a los ojos le sería tan difícil como subir a la cima de una montaña gigante. Malena la había adoctrinado que una mínima distracción suya en la higiene estropearía la comida, causaría horribles diarreas, y hasta estimularía la aparición de hemorroides. No debía dar un solo paso en falso porque si así lo hiciera no volvería a dormir bien en las noches. A Malena no le gustaría que se tirase la comida: eso le causaría mucha frustración. Por lo que debía ubicarse detrás de la mucama, alerta y metiendo presión con el objeto de que eso tan grave no ocurriese.

Además, Malena cumplía con otro de sus estresantes requisitos: calculaba lo que le diría a Fernando cuando regrese, que sería aún más potente que las viejas y catastróficas insinuaciones que le había hecho.

Pese a que no era lo habitual hacerlo los jueves, Malena había decidido que mejor que cepillar bien a la casa, era disponer de una buena cantidad de víveres ya hechos (esa convicción suya debía funcionar como un reloj). En ese día Malena le había pedido como un específico favor a María Rosa,

que preparase varios platillos porque tenía pensado hacer un afectuoso agasajo a una amiga. Por lo que la joven se abocó a trabajar en la cocina, con la responsabilidad de que no salir de sus paredes hasta que las fuentes con comida estuvieran rebosantes y apiladas en perfecto orden.

Malena tomó un diario, lo abrió y leyó las noticias detenidamente. A sus historias de hombres con penas y tragedias florecientes. Sin embargo, no encontró nada novedoso: los ricos seguían siendo más ricos y los muertos estaban cada día más muertos... o bien habría que narrar los sucesos desde otra perspectiva.

III

Fernando Rocco llegó hasta el portón de su casa, avizorando desde la ventanilla del auto que todo transcurriera en concordancia con las rutinas fundamentales. Se había dejado arrullar por sus impulsos visionarios, aunque sentía un poco de flacidez en el estómago. Al plan no lo había modificado en un ápice, y a Amicci le había hecho un cuadro sinóptico de lo que estaba a punto de suceder. La deposición de su mujer causaría un gran escándalo, la gente del barrio protestaría por la gran inseguridad que había... sus manifestaciones, emanaciones o expresiones serían de gran fastidio.

Al costado había un montículo de botellas vacías que más adelante tiraría en los canastos. Mandaría a hacer esas labores en otro momento, mucho después de que reestableciera su dignidad. El castillo de naipes caería por sí solo... sería cómo tirar una moneda a un pozo: sólo había que esperar que actué la fuerza de gravedad, y aparecer correctamente dentro del patrón aceptable, es decir: quedar arriba de las circunstancias y no abajo. En ese día se asomaba por primera vez a la mañana con la idea de sorprenderla y dar un curso mortal a sus despreocupadas conductas. Había utilizado el auto de ella (cuyas ventanillas estaban oscurecidas), por negligencia o con el objetivo de pervertir los cauces... su función será la de hacerse diestramente dócil a la pasividad.

Al entrar ya no creyó necesario conducirse con cautela. Estacionó al auto y pidió a su jardinero que baje; lo había recogido para que trabajara en su casa cómo era común que hiciera durante ese día de la semana; como siempre, Rocco lo atestaba con generosos aspavientos. Amicci se movió toscamente; nadie reconocería en él a un verdugo: se trataba del jardinero que acostumbraba a guardar juiciosas distancias con sus jefes y se concentraba en las faenas con que controlaba la vegetación. Tal vez sobresalía un poco de hartazgo en sus modales, pero también evidenciaba sinceros deseos de hacer las cosas bien. Ambos hombres estaban conscientes de la magnitud del cambio que se avecinaba, veían a este como una divisoria de aguas, y sentían deleite al contemplar la genial arquitectura de ese plan. Por segundos, Rocco se sumió en un trance feliz; la venganza le sería servida en bandeja, y al pasado lo sembraría con

ambigüedades. Y no era que los astros se alinearon fortuitamente en pos de su prosperidad, sino que había hecho un pacto secreto con estos. Su bienestar estaba a punto de asegurarse dentro de la plenitud de luz que le ofrecía ese jueves de finales de primavera. Fernando Rocco sabía que en ese día de la semana no iba la sirvienta, y que Malena se quedaba en el sillón leyendo mientras que el jardinero trabajaba podando sin grandes audacias a los árboles del jardín.

Pronto, se escucharon los crujidos que hacen las llaves al entrar en las cerraduras. Y la mujer apartó el diario que había dejado de leer. Intuitivamente vislumbró como se estaba gestando algo que tendría una extraña coherencia, o que en esa sala se emprendería la infeliz búsqueda de la perfección. Rápidamente habían entrado su esposo Fernando junto con el jardinero Juan Carlos quién al girar gradualmente su cabeza, inspeccionó los detalles del lugar. Y no parecía estar desesperado, sino que ojeó al aseado ambiente como organizando sus percepciones. Al llegar a Malena, sus ojos refulgieron: esa mujer era el desenlace último de esa operación. Se había puesto pilchas limpias, y lo que estaban a punto de hacer sería inexorable. Ella le sonrió con una pintoresca alarma. A partir de ese instante nada quedaría librado a la imprevisión. Pasaría lo enormemente vergonzoso que tenía que pasar. La mujer no se mostró preocupada, sino que se paró arrogante en el centro de la sala mientras que María Rosa seguía cumpliendo con sus funciones en la cocina. Dando a entender que estaba disgustada por la presencia en el salón del jardinero, con agitación le preguntó a su marido que hacía a esa hora en la casa. Le había planteado un dilema que estaba dispuesta a resolver no como si tuviera una intuición monumental, sino como si mansamente supiera que el hombre traía un irreversible programa del que hasta cierto punto colaboraría en su construcción. No se quejó, estaba acostumbrada a esos sombríos episodios.

Pronto escuchó la terrible bravata de Fernando. Le dijo que se habían acabado los simulacros y ahora le tiraba directamente a la cara, la basura que había acumulado a lo largo de los años. A viva voz le dijo que era una perra que siempre había procurado hundirlo o hacerle un daño irreparable. Ahora su alegría era verla caer, escuchar salir de su voz de cuervo a un gritillo en el que se resumiría su maldad. Muy pronto quedaría tendida en el suelo con una perforación en el pecho de la que brotaría la elemental suciedad de su sangre. Esas palabras que surgían (según manifestó) de su honestidad, le produjeron una instantánea sonrisa. Ese minuto de pavor en el que le anunció su suerte, se constituyó en el delicioso primer platillo de la venganza.

María Rosa oyó esa batahola desde la cocina, y aterrada, esperó que los gritos se evanescieran... con la esperanza de que fuera precario el carácter de esa discusión. Pero las amenazas de Fernando Rocco habían sido tan crudas que densificaron a los movimientos de la empleada doméstica, y la obligaron a suspender sus quehaceres. Un trance similar pareció recorrer

la espina dorsal del jardinero Juan Carlos Amicci, quien volvió hasta el sorpresivo umbral con el objeto de abrir y cerrar de un golpe a la puerta de entrada. Y no fue porque quiso ver si había alguien afuera, ya que no meneó su cabeza ni distrajo su atención de lo que pasaba adentro. Hizo ese movimiento mecánico con la convicción que a partir de ahí las cosas quedaban a merced de su ímpetu. En el momento inicial, Rocco temió que el jardinero se hubiera arrepentido, y olvidara los métodos violentos que habían pactado, pero reflexionó que esa conducta dispar se debió a su obsesión en cumplir bien con su papel, ya que en seguida el hombre se le acercó como si tuviera la intención de preguntarle si ese era el momento adecuado.

Antes de internarse en las tumultuosas corrientes de hechos había decidido primero hacer esas escalas fuera del guion, sin embargo, para Fernando Rocco esas irregularidades se tornaron en algo irresoluble, pequeños dilemas que en segundos pasaron a ser una monstruosidad enorme. Tuvo la suficiente candidez como para negarse a admitir que aquello se tornó en una parodia. Había contratado a Amicci con el propósito de que matara a su mujer, pero ocurrió una inexplicable interposición, una maniobra que no había sido estudiada, un malabarismo que se alejó de lo exacto y fue desarrollado frente a su mirada como un espectáculo siniestro. Juan Carlos Amicci que había fingido querer preguntarle algo, se colocó al lado de Rocco, y después de gritar incomprensibles palabras, en vez de enfilarse la pistola (que minutos antes Rocco le había entregado) hacía la mujer, viró su brazo noventa grados y disparó al cuello de su jefe. Este cayó muerto. Y esa suerte fue simultánea a aterrada expresión de Malena quien rápidamente se tapó los ojos. Enseguida, al agradecer la protección que le dio el jardinero, moduló en su voz a un ataque de nervios, y en su rostro se asentaron enredadas fluctuaciones y profusas lágrimas. Al rato, los crudos chillidos que retumbaron por las paredes de la casa, tuvieron dos fuentes: la de Malena que escrutaba al apagado estado de Fernando, y la de María Rosa que había salido de la cocina con su figura disminuida por el terror. Estos se hicieron ensordecedores, y por unos minutos se contempló a la maldita posibilidad de que ya nunca habría comprensión ni pensamientos claros.

Los protagonistas de ese drama afirmaron no entender lo que había pasado. Aquello resultó inconexo; la luz no cesaba de ingresar con plenitud, pero pasado un tiempo su ausencia desencadenaría a nuevas e indiscernibles sombras. El jardinero tenía el torso arqueado, y su mirada estaba como perdida o hundida en una oscura añoranza. Se llamó al 911 informando los hechos con la mayor amplitud, incluso se hizo mención al portón de roble de la entrada y a los progresivos ladrillos de la muralla que tapaban de la vista de la calle, a la mansión. Cuando llegó la policía los labios del jardinero se descoloraron con algunas frases. Resulto que al ver que su patrón amenazó con un arma a su mujer, el hombre que se identificó como Juan Carlos Amicci (quien había ido hasta esa casa para cortar unas ligustrinas, y pedir a la señora la paga por unos trabajos que

había hecho) forcejeó con éste para sacarle el arma. A eso lo efectuó por la explosión natural que ocurrió en su benigno carácter... ya que no consintió que algo así de atroz ocurriera frente a sus narices. Juzgó que Rocco había cargado al diablo en sus espaldas: se ostentó empecinado en matar a su mujer... le resultaba increíble lo que podía hacer un hombre cuando la locura lo torturaba. Lo que el jardinero Amicci le había gritado y Rocco no había entendido, fue: "¡No haga eso patrón, tranquilícese patrón!".

Ya en la comisaría, aquello devino en una trasparente conclusión: el jardinero había intervenido para que Rocco no matara a Malena. Con voz penitente y sus sensibles manos logró que no ocurriera un crimen, pero no pudo evitar que este fuera reemplazado por un accidente. Dentro del crucial salvataje había ocurrido un terrible e indirecto corolario que no dejaba de ser familiar cuando se realizaban escaramuzas con armas: se escapó un tiro.

Juan Carlos Amicci estaba petrificado, y se puso a disposición de la Justicia en tiempo y forma. Había intentado frenar al carácter trágico de los hechos, y las definiciones que brindó de lo que ocurrió ese jueves, resultaron eficaces. María Rosa Sánchez ratificó lo que había sucedido tal cómo Malena Rocco y Juan Amicci les contaron a las autoridades. Había oído desde la cocina como de manera sádica su patrón había amenazado de muerte a la Señora. El grandilocuente y complicado odio que Fernando Rocco albergó hacía su mujer, fue repetido palabra por palabra por la asustadiza empleada. Ella fue la única testigo directa y nada de lo que declaró se basó en conjeturas. Con expresiones concluyentes y claras, indicó la dirección póstuma que había tomado el conflicto que la pareja venía arrastrando por muchos años. Y naturalmente, el expediente judicial derivó de la tajante descripción que hizo María Rosa Sánchez de aquellas grotescas alocuciones.

Epílogo

Lo que jamás se supo fue que había habido una secreta convergencia entre Malena y Juan Amicci. Algún tiempo atrás habían hecho una muy útil conjunción de sus destinos: se hicieron amantes. Lo ocurrido es fácilmente deducible: desconociendo a las ataduras que el jardinero tenía con su mujer, Fernando Rocco lo contrató para matarla. Amicci le contó a Malena ese plan, y decidieron que lo contrarrestarían efectuando un movimiento indistinguible al que él había querido efectuar. Así, emprendieron como un simple cometido el hacer que la araña se enrede en su propia tela.

Fin

